

DIOS, PRINCIPIO SUPREMO

Estableciendo una exacta jerarquía de valores, jamás hubiéramos podido situar al hombre, efecto, antes de Dios, su principio, causa y origen. Sin embargo no es nuestra intención hacer una descripción del Universo, ni del hombre y la sociedad en lo que tienen de entidades puramente humanas —criaturas de Dios—, sino del hombre político en la más pura acepción de la palabra, con la aclaración de que el hombre que nos referimos es el hombre español y su postura en el momento histórico actual. Por eso, antes de hablar de Dios lo hemos hecho del hombre, porque el hombre es quien, de modo directo, entra a nuestra consideración. Dejamos bien sentado en números anteriores, como la Falange considera al hombre, y ya en posesión de nuestro hombre, iniciamos hoy la tarea de ir desentrañando los principios fundamentales que inspiran el sentido a nuestro Movimiento. Y en este plano —no ya de sujetos y objetos, sino de principios—, sí que debemos establecer una jerarquía de valores y dar comienzo por el valor primero.

Fijaos bien que hemos hablado de sentido, no de programa, y eso que superficialmente parece un simple capricho gramatical, tiene una importancia de cuya trascendencia hablaremos en otra ocasión. Por hoy nos basta hacer hincapié en eso, para repetir una vez más que la Falange no es un mero partido político que se presentó un día a la vida española con un programa más o menos elegante para tomar parte en unas elecciones. El mal de España era mucho más profundo y no podía remediarse con un programa. Requería un bagaje de ideas y voluntades capaz de darnos un modo exacto de entender la vida, el mundo y la historia.

Después de lo escrito acerca del hombre poca cosa tenemos que añadir para decir que la Falange comprendió que el abandono de la doctrina de los Evangelios, y el olvido de la palabra de Dios, era la raíz de nuestros males. El libertinaje de los últimos siglos había llegado a su límite y el Mundo exigía otra vez el orden y natural concierto. Dios vuelve a colocarse por encima de todos los hombres y todas las cosas como ideal supremo y realidad plena y entera. Pero la Falange no vió tan sólo el problema del hombre abstracto, sino el verdadero y real problema; el del hombre en concreto, el del hombre español, el de nuestro hombre. Todo en España iba sellado por la descomposición y caos. Fenecieron las glorias de nuestro Imperio, y, España, derrotada por Imperios rivales, tuvo que inclinar su cabeza y desgajarse a través de los años. Pero el mal no terminaba en una ruina material de

solución más o menos fácil. Lo verdaderamente temible y doloroso era la ruina moral. Y ésa era la gran verdad que no acertaron a comprender nuestros partidos políticos que se entretuvieron en liquidar la Patria y envenenar o cegar a los españoles. Contra todos ellos, la Falange ha venido a edificar una verdadera España, colocando en primer plano el edificio moral. Por eso queremos hacer llegar a todos los pechos de nuestras juventudes el más inmenso amor a Dios. Porque querer a Dios equivale a estar en posesión de la verdad. Y es la verdad el cimiento de la fuerza. Y para los españoles, Dios nos descubre las más brillantes, más gloriosas y heroicas páginas de nuestra Historia. Nos une a la esencia misma de la Patria, de rancia tradición católica. Y por último, no olvidamos que el amor a Dios se agrega en la más cara de las virtudes: en la fe, en la creencia, sin la cual no se puede dar un paso en este Mundo.

Hablábamos de la debilidad del hombre y del engaño de la vida terrena si no se proyectaba en otra vida mejor, y entendíamos que el hombre necesitaba, para sentirse fuerte, ponerse al servicio de una realidad que le proyectaba su existencia pasajera, a la eternidad. "La vida no vale la pena de vivirla si no es para quemarla al servicio de una empresa grande." Y en esa vida buscamos la eternidad de Dios. Y ella, lejos de hacernos entender esa vida como una misión, nos otorga la fe que fundamenta todos nuestros actos.

Hay quien nos critica por hablar demasiado de Dios y dice que no debe mezclarse la Política con la Religión, ni nos incumbe a nosotros predicar los Evangelios. No queremos discutir su buena o mala fe; lo que sí hacemos es responderle. La Falange no pretende mezclar la Religión con la Política, de cuya mezcla saldría malparada, indudablemente, la primera, y, mucho menos, pretende predicar a Dios, misión que Cristo encomendó a su Iglesia, que santos y sabios Doctores tiene para ello. Todo eso no quiere decir que la Falange tenga que renunciar al título de católica que tuvo la España de todos los tiempos, y no pueda construir un edificio político de acuerdo con los Evangelios, y haya de dejar a sus juventudes a la intemperie, sin fe y sin creencias. El Estado que la Falange construye ha de ser católico, sin inmiscuirse, bajo este título, en funciones que sólo a la Iglesia corresponden, y ha de dejar en libertad a la Iglesia para la educación moral de la juventud, encuadrada toda en las Centurias de nuestro Movimiento.